

La fundación del Partido Autonomista y el año del Componte

El Partido Liberal Reformista, que llevaba una vida lánguida, comenzó a reorganizarse en 1882, en la residencia de Heraclio Gautier, en el barrio capitalino de Santurce.¹ Allí, dos oradores de la ciudad de Mayagüez, José de Guzmán Benítez y Salvador Mestre, recomendaron que el partido adoptara la filosofía autonomista,² pero la proposición fue derrotada. Cuatro años más tarde, el 14 de noviembre de 1886, al llamado de Román Baldorioty de Castro, y de un grupo de liberales "autonomistas enragés",³ residentes en Ponce —en donde eran la fuerza política predominante— se hizo público el Plan de Ponce para reorganizar el Partido Liberal.⁴ Su contenido se dio a conocer rápidamente, mediante su publicación en el periódico ponceño La Juventud Liberal, editado por la "pluma resuelta y valiente" del Severo Cantaclaro de otros tiempos, Mario Braschi.⁵ Indicaron los autores que el proyecto que presentaban debía considerarse únicamente como materia de estudio y base de discusión. Como forma de gobierno para la isla, abogaban por la autonomía provincial y municipal con poder político y administrativo, pero deseando siempre sustituir la monarquía con una república.⁶

Por medio del Plan, se hizo un llamado a los comités liberales, a los periodistas de la isla y a los autonomistas de Cuba para que asistiesen a una asamblea que se celebraría en Ponce. En ella se materializó el presagio del propio Baldorioty de Castro, el cual había dicho: "saldremos probablemente autonomistas y republicanos; lo que hemos sido y somos hace mucho tiempo".⁷

Los incondicionales, por su parte, acogieron el Plan con manifiesta hostilidad. Pese a la política de armonía que en él se proponía para orientar las relaciones de España y Puerto Rico, desde el primer instante, El Boletín Mercantil, portavoz de los conservadores, abrió fuego contra aquél, en numerosos artículos en los que, en son de burla, lo tildaba de "parto de los montes", lo calificaba como "más pomposo que la Revolución francesa de 1789", o lo sobrenombraba "el flan de Ponce".⁸

Con motivo de la proyectada asamblea, se consumó la designación de delegados sin dificultad ni demora. Ya para el 27 de febrero de 1887, cincuenta y cuatro pueblos habían seleccionado los suyos.⁹ Así las cosas, el 7 de marzo del mismo año, se inauguró la Asamblea Autonomista en el teatro La Perla, bajo la presidencia de Baldorioty de Castro. A ella asistieron doscientos noventa y cinco

¹ Antonio S. Pedreira, El año terrible del 87, (México: Biblioteca de autores puertorriqueños, 1948), 28.

² Ibid.

³ A.G.P.R. Fondo General, Ponce, 535. Ponce y su término municipal, observaciones generales, 20 de marzo de 1887, Ramón Elices Montes.

⁴ Plan de Ponce para la organización del Partido Liberal de la provincia: Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 392-398.

⁵ Eduardo Neumann Gandía, Verdadera y auténtica, 151.

⁶ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 34. Firmaban el Plan: presidente, Román Baldorioty de Castro; vicepresidente, Antonio E. Molina; vocales, Guillermo Oppenheimer, Pedro Salazar, Luis Gautier, Martín R. Corchado, Lázaro Martínez, Marcial Morales y Rafael Pujals. Por Ramón Marín y Enrique Cabrera, ausentes, Román Baldorioty de Castro; secretario, José Ramón Abad.

⁷ Ibid., 35.

⁸ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 39.

⁹ Por el momento, el Gobierno no se interponía en la nominación, ni en el traslado de los liberales reformistas a la ciudad de Ponce.

SJP 50-12-9

5062401

MDASAS 1-2

delegados, los representantes de siete periódicos autonomistas y un numeroso público compuesto por más de mil personas. En aquella ocasión, Ponce fue declarada "capital del autonomismo puertorriqueño".¹⁰ Más adelante, a propuesta de los delegados autonomistas-republicanos de San Juan, la asamblea acordó, sin discusión de ningún género, que el partido adoptara el nombre de Autonomista.¹¹ Así nació el Partido Autonomista Puertorriqueño.¹²

Por esos mismos días, a tenor con el inusitado entusiasmo provocado por la convocatoria a la Asamblea Autonomista de Ponce, tomó auge una sociedad de carácter secreto, llamada La Torre del Viejo, y conocida popularmente como Los Secos y los Mojados, o La Boicotizadora. Desde su fundación, hacía unos seis meses, su objetivo fue contrarrestar, por medio del boicot, el tantas veces denunciado monopolio de los almacenistas y comerciantes españoles, y fomentar el comercio nativo. Por otro lado, sus integrantes se obligaban, bajo juramento, "a no realizar transacción alguna en compra, venta o negocio cualquiera, con una firma, tienda o corporación que no emplease a puertorriqueños ni les aceptase como dependientes".¹³ Mientras los españoles eran los comerciantes y almacenistas, los puertorriqueños no pasaban de ventorrilleros y quincalleros de caminos y campos.¹⁴ Los dependientes ponceños eran considerados como una clase inferior en la sociedad.¹⁵

Por algún tiempo, La Boicotizadora mantuvo su propaganda económica circunscrita a la jurisdicción de Ponce y algunos pueblos limítrofes, reclutando sus adeptos entre las clases letradas. Pero, como esto limitaba la acción, sus miembros decidieron extender su actividad proselitista a otros pueblos y campos —particularmente del sur y del oeste de la isla—, aprovechando la concurrencia de las delegaciones a la Asamblea de Ponce y el arrollador entusiasmo producido por la reorganización de las fuerzas autonomistas.¹⁶ A tal efecto, se realizaron reuniones clandestinas en el salón de prueba del Bazar Otero, tienda de música, arte y libros de Olimpio Otero, uno de los principales promotores de la reorganización del Partido Liberal Reformista en Ponce.

Aprovechando estos acontecimientos, los conservadores acentuaron la campaña de descrédito contra los autonomistas, resaltando el supuesto carácter sedicioso de éstos, así como su complicidad política con La Boicotizadora, por todo lo cual proclamaron la necesidad de un castigo, e incluso, la supresión del movimiento. Dicha campaña alteró el ánimo del recién nombrado gobernador Romualdo Palacio, que arribó al puerto de San Juan el 29 de abril de 1887. Sin demora, el general Palacio, remitió al ministro de Ultramar una exposición, dándole cuenta de que la propaganda autonomista en la isla no se limitaba "al triunfo de un sistema,

¹⁰ José M. Quiñones, Un poco de historia colonial, (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1978), 221.

¹¹ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 51, 52, 55.

¹² A.B.V. Acta de la Asamblea Constituyente del Partido Autonomista Puertorriqueño 7, 8 y 9 de marzo de 1887. Ponce: Tipografía El Vapor, 1887.

¹³ El Tiempo, 20 de mayo de 1918, José C. Barbosa.

¹⁴ El Día, Antonio Otero Arce, "Comerciantes de Ponce y su historia", 9 de junio de 1934.

¹⁵ Ibíd.

¹⁶ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 73. Algunos de los más ilustres miembros del Partido Autonomista se iniciaron como boicotizadores en la residencia de Fructuoso Bustamante, delegado a la Asamblea Autonomista de Ponce. Entre ellos figuraban José de Guzmán Benítez, Julián Blanco Sosa, Juan Hernández López, José Gómez Brioso y Félix Tió Malaret.

sino que enseña bien claro su espíritu separatista".¹⁷

El 10 de julio del mismo año, desembarcó el general Palacio de un buque de guerra atracado en la bahía de Ponce.¹⁸ Ante él se personaron a ofrecer sus saludos, reconocidos y destacados autonomistas, entre los que figuraban Baldorioty de Castro, Ramón Marín, Francisco Cepeda y Luis R. Velázquez. Acudió, además, casi toda la fuerza de la Guardia Civil, el batallón de Valladolid y el de Voluntarios. Por su parte, la clase alta de Ponce agasajó a Palacio, y, como fin de fiesta, le ofreció un pasadía en una estancia, cerca de la ciudad. Pero la conciliadora conducta de los autonomistas ponceños hacia el gobernador no hizo sino agudizar y exacerbar la hostilidad de los incondicionales. El Boletín Mercantil, comentando con voz amenazante el recibimiento de Palacio por los autonomistas ponceños, señalaba: "Ponce, ciudad generosa, noble, expansiva y culta; lo decimos por algunos, que tienen por costumbre divertirse hoy para llorar al día siguiente".¹⁹

Entretanto, en las áreas sur y oeste de la isla, principalmente en Ponce, Juana Díaz, Guayama, Yauco, Mayagüez y Aguadilla, comenzaron a ocurrir incendios de establecimientos y casas de comercio, cuyos dueños eran casi siempre españoles o incondicionales. De inmediato, los guardias civiles procedieron al arresto de los presuntos incendiarios. El Boletín Mercantil se aprovechó para hacer capital político de los incendios, culpando a los autonomistas por los mismos y acusándolos de estar implicados en el boicot.

El 15 de agosto, el general Palacio abandonó la capital para trasladarse al pueblo de Aibonito, no muy distante de Ponce. Allí se alojó en una amplia casa—propiedad del alcalde incondicional José María Escalera— que comenzó a ser llamada la pequeña Fortaleza, visitada por los conservadores de San Juan. Dos días después de su instalación en Aibonito, Palacio recibió un aviso oficial en el que se le notificaba de varios incendios y delitos de sangre, por parte de La Boicotizadora, en la vecina jurisdicción de Juana Díaz. El remitente no era otro que el alcalde de ese pueblo, Policarpo Echevarría Díaz, incondicional recalcitrante y enemigo a ultranza del Partido Autonomista. Cuatro días más tarde, partió un destacamento de la Guardia Civil montada, con el encargo de realizar minuciosas pesquisas en su recorrido de Ponce a Juana Díaz, para dar con el paradero de una cuadrilla armada de incendiarios. El destacamento hizo un alto en la hacienda La Fortuna, propiedad de José Gallart, uno de los incondicionales prominentes que más había frecuentado La Fortaleza de San Juan y la de Aibonito. Posteriormente, la Guardia Civil arrestó violentamente a unos ochenta vecinos, y los llevó a la cárcel de Juana Díaz. Con el pretexto de nuevas pesquisas, continuó ejecutando arrestos indiscriminadamente, y pronto hubo en la cárcel municipal alrededor de cien presos. Inmediatamente, se constituyó un juzgado de guerra, que invadió las facultades de los tribunales ordinarios e hizo caso omiso de la Constitución española y de todas las disposiciones que garantizaban los derechos individuales de los ciudadanos españoles. Desde los primeros momentos, la persecución se caracterizó por crudísimos excesos. El tormento se usaba para arrancar o forzar declaraciones comprometedoras a los encarcelados, entre los que figuraron abogados, médicos, maestros, escritores, periodistas, agricultores, comerciantes, industriales y jornaleros. Bajo este sistema, que se designó con el nombre de El Componte o de las componteadas, se cometieron

¹⁷ Ibíd. En su exposición al ministro, añadía: "Hoy respondo (de la) tranquilidad, pero para evitar que tome aumento la propaganda que aquí se hace, considero necesario aumentar (la) Guardia Civil y reorganizar (el) Cuerpo de Orden Público, porque el actual no responde a su misión".

¹⁸ José Marcial Quiñones, Un poco de historia colonial, 229.

¹⁹ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 102.

brutales atropellos contra los encausados. Unos fueron víctimas de la llamada tortura de los palillos,²⁰ otros, de los cordeles o cadenas, de las cuñas o del látigo.

En la ciudad de Ponce, la caballería de la Guardia Civil, allí concentrada, patrullaba constantemente. Compañías del batallón de Valladolid se encontraban apostadas en la calle de la Torre, mientras un gentío despavorido huía de los partidos limítrofes y buscaba amparo en los jueces de la ciudad. A mediados de septiembre, La Revista de Puerto Rico, dirigida por el asturiano y ferviente autonomista republicano, Francisco Cepeda, en Ponce, publicó cartas de personas componteadas. El día 20 de ese mes, comenzó la persecución militar contra Cepeda, que avivaba el espíritu de pueblo con sus artículos, durante los días en que nadie se atrevía a censurar públicamente al régimen. Su condición de asturiano le atrajo el odio de sus paisanos, los peninsulares. En la mañana del 1 de octubre, Cepeda fue obligado a salir de la cárcel, y, acompañado de un oficial y ocho soldados armados de bayonetas, fue conducido al despacho del recién nombrado alcalde de Ponce, y sobrino del gobernador Palacio, Fernando Díez de Ulzúrrum. Allí, Cepeda fue componteadado por el coronel Joaquín Arjona. El pueblo de Ponce, testigo del atropello, se lanzó indignado a las calles y a la Plaza de las Delicias. La situación estuvo a punto de convertirse en un conflicto mayor, pues se hablaba de la distribución de machetes entre los arremolinados. Ese mismo día, el gobernador Palacio se apresuró a dirigir una comunicación al fiscal de Ponce, instándole a que procediera a ejercer su autoridad dictando cuantas medidas creyese convenientes para enjuiciar a Cepeda. Varias horas más tarde, Cepeda, Antonio Molina -presidente del comité local del Partido Autonomista- y varios otros reclusos, fueron trasladados desde la cárcel municipal hasta el cuartel militar de Ponce. Como a otros presos, se les negó el derecho a fianza.²¹

La Plaza de las Delicias, centro principal de recreación de la ciudad ponceña, presentaba el aspecto de un lugar en estado de guerra. Un espíritu de represión se apoderó de aquel importante espacio urbano. Las calles aledañas a la plaza estaban invadidas por parejas de guardias municipales; a nadie se le permitía transitar dentro de aquel radio, y, como algunos curiosos se acercaron demasiado, los guardias despejaron también los alrededores del Kiosco Árabe.²² Más adelante, se llevaron a cabo otros arrestos y persecuciones. A consecuencia de una de éstas, practicada por el cabo Francisco Barbosa en los barrios Sabanetas y Coto Laurel, de Ponce, numerosos vecinos fueron encarcelados. Al mando de Barbosa, la Guardia Civil aplicaba en ambas manos el tormento de los palillos. Incluso, se llegó a colgar a los prisioneros de la solera de una casa, al mismo tiempo que se les pegaba. En ocasiones, se amarraba a los detenidos y se les arrojaba al suelo, golpeándoles y aplicándoles la tortura de los palillos. Al final, se obligaba al componteadado a suscribir una declaración inculpativa.²³

Pese a tantos contratiempos, los autonomistas no se dieron por vencidos, y pensaron que España debía enterarse de los sucesos.²⁴ Hubo varios intentos con

²⁰ La tortura de los palillos, que se utilizó con relativa frecuencia, consistía en colocar astillas de madera bajo las uñas, para causar sufrimiento.

²¹ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 136.

²² Ibid.

²³ Ponce y Juana Díaz no fueron los únicos escenarios de los abusos y atropellos de los componteadores. La ráfaga de los tormentos se extendió por todo el litoral sureño y la cordillera occidental. En Guayanilla, Peñuelas, Yauco, Sabana Grande, San Germán y Mayagüez, ocurrieron atropellos similares a los de Ponce.

²⁴ José Marcial Quiñones, Un poco de historia colonial, 208-274.

este propósito, hasta que, a principios de noviembre, el joven farmacéutico Juan Arrillaga Roqué logró salir de Ponce, por la Carretera Militar, hacia San Juan. Para la ejecución de su misión, Arrillaga fue provisto de algún dinero recolectado entre los correligionarios ponceños.²⁵ Además, se le proveyó de una cédula personal falsa para que pudiera eludir a la Guardia Civil.

Por su parte, el gobernador Palacio regresó a San Juan. Al cruzar la Puerta de España, diversos grupos acudieron a agasajarlo. En la calle de la Fortaleza fue ovacionado y, más adelante, frente al Casino Español, decorado con vistosas colgaduras, se encendieron en su honor hermosas luces de bengala, se hizo ondear el pabellón nacional y se le prodigaron calurosos aplausos. Así, mientras San Juan celebraba las hazañas de su gobernador, Ponce lloraba la desgracia de sus hijos más queridos.²⁶

El 6 de noviembre de 1887, Palacio procedió a ordenar el traslado de dieciséis de los presos recluidos en el cuartel militar de Ponce al Castillo de San Felipe del Morro, en San Juan, donde se rumoraba habrían de ser fusilados al día siguiente de su arribo a la capital. En Ponce, las autoridades se apresuraron a dar exacto cumplimiento a la orden del gobernador Palacio. En las primeras horas de la madrugada del 8 de noviembre, fueron sacados de los calabozos del cuartel militar los dieciséis presos,²⁷ los cuales fueron conducidos a la Marina. Inmediatamente, se les ordenó abordar el vapor de guerra Fernando El Católico, el cual, tras un viaje deliberadamente demorado, y harto penoso para los presos, llegó al puerto de San Juan en las últimas horas de esa noche.²⁸

Sin embargo, el fusilamiento no se cumplió, y toda aquella consternación que afectaba al país se transformó en "indescriptible júbilo", tras la noticia de que Arrillaga Roqué, a su llegada a Madrid, había recibido apoyo de los diputados Julio Vizcarrondo Coronado, Rafael María de Labra y Antonio Cortón Toro.²⁹ A los pocos días, el propio ministro de Ultramar, Víctor Balaguer, transmitía un despacho, ordenando a Palacio que entregara el mando al general Juan Contreras y embarcara inmediatamente hacia la Península.

En Ponce, el pueblo entero esperaba a Baldorioty, a Cepeda y al resto de los autonomistas. Sin embargo, el alcalde Díez de Ulzúrrum y el capitán de la policía, Herrera, se empeñaron en cerrar el año con un último atropello, que consistió en hacer avanzar a la Guardia Civil -sable en mano- contra la muchedumbre que vitoreaba a los libertadores.³⁰

El primer Gobierno autonómico de Puerto Rico

Luego de ocho meses de persecución, La Boicotizadora fue disuelta. Los comerciantes españoles reafirmaron su poderío económico. El gran comercio, como siempre, quedó vedado a los puertorriqueños. En abril de 1888, el Ayuntamiento, último reducto del autonomismo ponceño, fue disuelto. El Partido Autonomista Puertorriqueño, por su parte, quedó maltrecho y desorganizado, sumido en una

²⁵ Fueron estos Xavier Mariani, Alfredo Casals, Emilio Cortada y Olimpio Otero. Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 142.

²⁶ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 161.

²⁷ Román Baldorioty de Castro, Ramón Marín Solá, Francisco Cepeda Taborcías, Antonio Molina Vergara, Salvador Carbonell Toro, Tomás Vázquez Rivera, Manuel Antonio Zavala Rodríguez, Santiago R. Palmer, Pedro María Descartes, José Vicente González, Andrés Santos Negrón, Rodolfo Figueroa González, Bruno Negrón, Ulises Dalmáu Poventud, Cristino Aponte y Epifanio Pressas.

²⁸ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte I, 163.

²⁹ Ibid., 167.

³⁰ Antonio S. Pedreira, El año terrible del 87, 67.

profunda crisis.³¹ La fatiga de los años de fracaso y de persecución desesperó a muchos que, desanimados, abandonaron el partido o se retiraron de la política militante. Las discordias entre sus miembros eran comunes. Baldorioty de Castro, luego de una vida ejemplar, se retiró de la presidencia del partido el 13 de enero de 1889, y murió el 30 de septiembre del mismo año, a casi 2 años de su encarcelamiento en un calabozo del Morro. El periodista y autonomista ponceño, Ramón Marín, amigo entrañable de Baldorioty, expresó que éste "había muerto con el corazón hecho pedazos por las saetas venenosas de las crueles decepciones políticas que le relegaron a la modesta oscuridad de su hogar, de donde, desde entonces, no había salido más".³²

Para asumir la defensa del autonomismo, Ramón Marín pidió al comerciante, poeta y periodista barranquiteño Luis Muñoz Rivera, que se mudara a la ciudad de Ponce y estableciera allí un periódico.³³ Muñoz Rivera aceptó el reto, y, a los pocos días se estableció en Ponce, donde fundó La Democracia el 1 de julio de 1890. El país se enardeció con su primer artículo, en el cual hizo un llamado vibrante a la lucha por la autonomía.

En la edición del 17 de febrero de 1891 de La Democracia, Muñoz Rivera impulsó la celebración de un pacto o alianza con uno de los partidos españoles que aceptara la doctrina autonomista, según quedó expresada por el partido en su asamblea constitutiva de Ponce, en 1887. Para lograr la descentralización, Muñoz Rivera argumentó que el Partido Autonomista Puertorriqueño necesitaba tener influencia en Madrid y ser aceptado por un poderoso partido nacional.³⁴ Para ello, aquel propuso la fusión del Partido Autonomista con el monárquico Partido Liberal Fusionista, de Práxedes Mateo Sagasta.³⁵ De inmediato se hicieron evidentes los conflictos. Varios líderes autonomistas de relieve, como José Celso Barbosa, Manuel Fernández Juncos, Manuel F. Rossy y otros, se manifestaron en contra de este proyecto, aduciendo que preferían una alianza con el republicanismo español y no con un partido monárquico como el de Sagasta. Estos eran seguidores de las ideas republicanas y federalistas del catalán Francisco Pi y Margall, que había fungido como segundo presidente de la República Española de 1873.³⁶

Ambas posiciones se encontraron frente a frente en la segunda asamblea autonomista, celebrada en la ciudad de Mayagüez, a mediados de mayo de 1891. En aquella ocasión, Muñoz Rivera presentó una enmienda, en virtud de la cual podría hacerse el pacto directa o indirectamente con el Partido Liberal Fusionista. Al final, la propuesta de Muñoz Rivera fue rechazada abrumadoramente.

Durante los próximos años se celebraron cuatro asambleas adicionales en las que el proyecto pactista de Muñoz Rivera corrió la misma suerte. Por fin, en la sexta asamblea celebrada el 27 de julio de 1896, en la ciudad de Caguas, la delegación de Rosendo Matienzo Cintrón y Muñoz Rivera anunció su propósito de crear una comisión para concertar un pacto o alianza con uno de los partidos

³¹ Ibíd., 67.

³² Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo I, Parte III, 269.

³³ Quintín Negrón Sanjurjo, Los primeros treinta años de la vida de Luis Muñoz Rivera, (República Dominicana: Fundación Luis Muñoz Marín, Editorial Corripio, 1993), 172.

³⁴ Gonzalo F. Córdova, Luis Sánchez Morales, (San Juan: Editorial Academia, La Obra de José Celso Barbosa, Inc., 1991), 39.

³⁵ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte 1, 346.

³⁶ Gonzalo F. Córdova, El ideal estadista en Barbosa y Martínez Nadal, folleto, 1.

metropolitanos,³⁷ lo que, en efecto, logró.

El cambio de posición en el seno del Partido Autonomista se debió a las condiciones cambiantes dentro del ideario político de Sagasta,³⁸ provocadas por el inicio de la Guerra de Independencia Cubana en 1895, y por las presiones diplomáticas de los Estados Unidos en favor de reformas en Cuba. Ante estas condiciones, Sagasta tuvo que favorecer la autonomía para las colonias. El cambio de posición del Partido Autonomista se debió, además, al prestigio y a la popularidad que Muñoz Rivera había alcanzado. Desde su tribuna periodística, fue ganando un mayor número de seguidores, especialmente por sus luchas relacionadas con temas económicos y sociales, como, por ejemplo, el canje de la moneda mexicana, efectuado por el gobierno central. Asimismo, sus críticas contundentes y decisivas contra el monopolio del fósforo y del petróleo, concedido a la fábrica de la firma española Bolívar, Arruza & Co., en San Juan, y a la corporación inglesa, Standard Oil, en Cataño, le dieron nombre y fama en la isla. Esta crítica motivó su encarcelación, no en una sino en cinco ocasiones.³⁹

La comisión del Partido Autonomista se trasladó a España a fines de septiembre y, desde su llegada a La Coruña, sostuvo largas conferencias con todos los jefes de los principales partidos políticos y con prominentes figuras de la política española. Pero fue con el Partido Liberal Fusionista, encabezado por Sagasta, con el que se logró la fusión: precisamente con el que Muñoz Rivera favorecía.⁴⁰ La comisión se comprometió a prestar su apoyo al Partido Liberal Fusionista, tanto en la política general como en la antillana. Este partido le otorgaría a las Antillas españolas, la mayor descentralización posible dentro de la unidad nacional. De esta manera, la iniciativa y la gestión de los intereses locales, municipales y provinciales, les corresponderían por completo a los puertorriqueños. Los habitantes de Puerto Rico gozarían de los mismos derechos que los peninsulares. Y, como para la debida unificación en el procedimiento, era necesaria la pronta incorporación de los autonomistas de Puerto Rico a las filas liberales fusionistas peninsulares, se constituiría en la isla un sólo Partido Liberal Fusionista, sometido a la disciplina de la Península, como prolongación de ésta en ultramar.

Regresada la comisión a Puerto Rico el 11 de febrero de 1897, celebróse, a la noche siguiente, una magna asamblea autonomista en el Teatro Municipal de San Juan. Muñoz Rivera, José Gómez Brioso y Matienzo Cintrón presentaron un informe en favor del pacto, y Barbosa, Juan Ramón Ramos y Manuel F. Rossy lo impugnaron. Puesto a votación, el pacto fue aprobado en todas sus partes por una mayoría de 79 contra 17.⁴¹ Con ello, el Partido Autonomista pasaba a ser parte del monárquico Partido Liberal Fusionista, con Muñoz Rivera como presidente. En consecuencia, Barbosa, "republicano por honrada convicción",⁴² se despidió de sus correligionarios diciéndoles que se "llevaba la bandera de la autonomía" y, acto

³⁷ Gonzalo F. Córdova, Luis Sánchez Morales, 94.

³⁸ La desconfianza hacia Sagasta se debía a que él había sido quien envió a Sanz, y luego a Pulido y a Palacio como gobernadores de Puerto Rico. Antonio S. Pedreira, El año terrible del 87, 64.

³⁹ Lidio Cruz Monclova, Historia de Puerto Rico, Tomo III, Parte II, 212, 216. Cientos de habitantes se ofrecieron para pagar su fianza, pero no fue necesario porque el Municipio de Ponce hizo el pago correspondiente.

⁴⁰ Gonzalo F. Córdova, Luis Sánchez Morales, 44.

⁴¹ Antonio S. Pedreira, Un hombre de pueblo: José Celso Barbosa, Vol. I, (San Juan: Edición Especial, 1993; La obra de José Celso Barbosa y Alcalá Inc.), 111.

⁴² Ibíd., 100.

seguido, se retiró con sus seguidores republicanos.⁴³ Posteriormente, el 4 de marzo de 1897, este grupo fundó el Partido Autonomista Histórico, Puro u Ortodoxo.⁴⁴

En pleno verano de aquel año, en el balneario de Santa Agueda, en Guipúzcoa (Vascongadas), era asesinado a tiros, por un anarquista, Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros de España. En los primeros días de octubre, Sagasta, autor del pacto con los autonomistas puertorriqueños, y entonces presidente del Consejo, formó un nuevo gabinete. Presionado por la ya angustiosa situación cubana y por el peligro inminente de una guerra con Estados Unidos, Sagasta concedió la Carta Autonómica a Cuba y a Puerto Rico, mediante Real Decreto firmado por la reina regente, doña María Cristina de Habsburgo, el 25 de noviembre de 1897. Bajo el régimen autonómico, Puerto Rico seguiría siendo una provincia con representación en las Cortes Españolas, aunque bajo un gobierno descentralizado. El gobierno de la isla continuaría en manos de un gobernador general, nombrado por el monarca de España, a propuesta de un Consejo de Ministros.⁴⁵ Los cubanos rechazaron con vehemencia el decreto; los puertorriqueños lo celebraron.

Al conocerse en Puerto Rico el ascenso de Sagasta, y el cumplimiento de los compromisos contraídos con los autonomistas de las Antillas, los liberales ponceños celebraron las buenas nuevas con una regia manifestación pública, de más de 3,000 personas, que se inició en el edificio del periódico La Democracia, de Muñoz Rivera, recorrió las calles principales de Ponce y culminó en la residencia de Matienzo Cintrón, el cual se dirigió al público. De ahí, el gentío pasó a visitar las casas de otros autonomistas. Fue una semana de grandes celebraciones, banquetes y actividades.

Por conveniencia política, hasta tanto se pudieran celebrar elecciones, el ministro Sagasta y el recién llegado gobernador, general Manuel Macías, le exigieron al grupo de Muñoz Rivera que se pusiera de acuerdo con el de Barbosa, para implantar, unidos, el nuevo régimen autonomista. El poder político tendría que ser compartido. El 25 de febrero de 1898, se aprobaron las bases para fundir los dos partidos. En Ponce, la muchedumbre autonomista acogió con gran entusiasmo la unión, reuniéndose, como habían hecho dos meses atrás, en la residencia de Matienzo Cintrón.⁴⁶ A esta manifestación le siguió la celebración de otra asamblea para organizar el comité local del nuevo Partido Unión Autonomista Liberal, que eligió, por unanimidad, a Matienzo Cintrón para presidirlo.⁴⁷

Largas fueron las conferencias celebradas en el Ateneo Puertorriqueño de San Juan, y laboriosa la negociación, hasta que, al fin, los fusionistas y los ortodoxos se pusieron de acuerdo para constituir el Partido Unión Autonomista Liberal e inaugurar el primer Gobierno autonómico, el 11 de febrero de 1898. El mismo quedó formado por el siguiente Gabinete: Muñoz Rivera -creador de aquella fusión- en el importante puesto de secretario de Gracia, Justicia y Gobernación; José Severo Quiñones, secretario de Agricultura, Industria y Comercio; Juan Hernández López, de Obras Públicas; Manuel F. Rossy, de Instrucción Pública; Manuel Fernández Juncos, de Hacienda, y Francisco Mariano Quiñones, presidente

⁴³ Ibíd., 111.

⁴⁴ Ibíd.

⁴⁵ José Trías Monge, Historia Constitucional de Puerto Rico, Vol. I, (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1980), 111.

⁴⁶ Luis Díaz Soler, Rosendo Matienzo Cintrón, (Río Piedras: Instituto de Literatura Puertorriqueña, 1960), 149.

⁴⁷ Ibíd., 150.

del Gabinete. Los tres primeros secretarios procedían del bando fusionista, y los tres últimos, del autonomista histórico.⁴⁸

No obstante, la Unión Autonomista Liberal se haría pedazos antes de participar en las elecciones de diputados a Cortes y representantes a las Cámaras insulares, señaladas para el 27 de marzo, las primeras celebradas bajo el régimen autonómico. Los antiguos miembros del Partido Autonomista Histórico renunciaron a sus cargos en el gabinete, alegando que en las convenciones de los distritos no se había observado la igualdad acordada en la asamblea de nominaciones para representantes a las Cámaras.⁴⁹ La lucha entre los líderes fue, pues, devastadora. Incluso, hubo seguidores de Muñoz Rivera —como Matienzo Cintrón— que rechazaron sus ejecutorias. Con esto, quedó rota para siempre la Unión Autonomista Liberal, por lo que los liberales acudieron a los comicios divididos en dos bandos. En esta elección, la victoria correspondió a los fusionistas de Muñoz Rivera, con 82,627 votos, frente a los 16,068 de los históricos, los 2,144 de los incondicionales y los 1,585 de los oportunistas, disidentes de los incondicionales.

La instauración del Gobierno autonómico, el 17 de julio de 1898, revistió una solemnidad extraordinaria. Su vida, sin embargo, fue fugaz, pues el régimen fue disuelto ocho días más tarde, con motivo de la Guerra Hispano-Americana, que llegó a Puerto Rico el 25 de julio de 1898.

Los separatistas anexionistas de Nueva York

Al tiempo en que se desataban los conflictos entre los autonomistas de la isla, un grupo de puertorriqueños, radicados en la ciudad de Nueva York, conspiraba para independizar a Puerto Rico. El 22 de diciembre de 1895, en el Chimney Corner Hall de la segunda Avenida y calle 25, se reunieron bajo el liderazgo del médico José J. Henna, aquel joven ponceño, de ascendencia inglesa, que fue encarcelado en 1868 por haber discutido con unos amigos sus ideas liberales y que se había expatriado, desde entonces, en la ciudad de Nueva York, jurando ciudadanía norteamericana cuatro años más tarde. El propósito de la reunión era organizar la Sección de Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano, fundado por José Martí el 10 de abril de 1892. El artículo primero del programa del partido establecía que debía lograrse "la independencia absoluta de la isla de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico".⁵⁰ En aquella reunión, se eligió a Henna como presidente del grupo puertorriqueño, y a Ramón Emeterio Betances, líder máximo del movimiento de independencia puertorriqueña en los últimos tiempos, como delegado general en ausencia. Por cierto, el propio Betances había recomendado a Henna para el cargo de presidente, pues lo conocía desde los años en que éste hizo su internado en medicina, en la ciudad de París.⁵¹ Desde el regreso de Henna a Nueva York, y durante las próximas décadas, mantuvieron correspondencia. Por eso, Betances estaba al tanto, como otros miembros de la comunidad puertorriqueña en Nueva York, de las simpatías de Henna por la independencia de Puerto Rico y su posterior anexión a los Estados Unidos.

Desde los tiempos del Grito de Lares, Betances se había confrontado con la existencia de partidarios de la anexión a Estados Unidos entre las filas del separatismo puertorriqueño. No obstante, se enfrentó a este dilema valiéndose de

⁴⁸ Reece B. Bothwell, Orígenes y desarrollo de los partidos políticos en Puerto Rico, (Río Piedras: Editorial Edil, 1988), 34.

⁴⁹ Luis Díaz Soler, Rosendo Matienzo Cintrón, 150.

⁵⁰ Memoria de los trabajos realizados por la Sección de Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano, 1895 a 1898. La Obra de José Celso Barbosa y Alcalá Inc., San Juan, 1993, 3.

⁵¹ Germán Delgado Pasapera, Puerto Rico: sus luchas emancipadoras (Río Piedras: Editorial Isla Inc., 1984), 479.

tácticas dilatorias, que consistieron en atraer a todos los adeptos de la independencia, y posponer indefinidamente la discusión de su desenlace.⁵²

Entre los fundadores de la Sección de Puerto Rico figuraron catorce ponceños. El tantas veces perseguido periodista Félix Matos Bernier, que estaba entre ellos, regresó a Ponce con la "comisión de continuar y organizar trabajos clandestinos de propaganda, solicitar apoyo de personas y allegar recursos pecuniarios y corresponder con la directiva".⁵³ Durante los próximos meses, la Sección comenzó a promover un levantamiento de independencia en Puerto Rico, contando con la ayuda financiera y la provisión de armas de los cubanos. Para ello, viajaron a la isla varios de sus integrantes, los cuales intentaron infructuosamente sentar las condiciones para el logro de su encomienda.⁵⁴ El primer grupo fue encabezado por el general mayagüezano del ejército cubano, Juan Rius Rivera, que entró clandestinamente en la isla, y se percató de que no estaba preparada para una guerra de independencia. Otros intentos fracasaron, incluso uno para motivar a los autonomistas a que se les unieran. Pronto se evidenció lo difícil que se hacía despertar entre los puertorriqueños el interés por la independencia. Por ello se esfumaron las promesas cubanas; se dejaron de conceder fondos y de proveer de armas y pertrechos. Cuba había perdido la fe en la lucha puertorriqueña. La ayuda a Puerto Rico perjudicaría la campaña libertadora en la Antilla Mayor. Betances, desde París, solicitaba un poco de comprensión a los puertorriqueños, pidiéndoles que se pusieran en el lugar de los cubanos.⁵⁵

Por su parte, Henna, frustrado y consciente de la inminente guerra entre España y Estados Unidos, por la voladura del Maine, en febrero de 1898, comenzó a buscar otros caminos.⁵⁶ Esta vez se dirigió a Washington, D.C., donde logró entrevistarse con varios "imperialistas", como el senador republicano Henry Cabot Lodge y el sub-secretario de la Marina de los Estados Unidos, el expansionista Teodoro Roosevelt, a quien ofreció sus servicios y los del directorio en Nueva York, en caso de que estallase la guerra.⁵⁷ Además, Henna le entregó un informe —elaborado con los documentos de uno de los proyectos expedicionarios, fracasado desde su misma concepción— que contenía mapas de los caminos más importantes de la isla, y señalaba la posición de las guarniciones, el número de tropas acuarteladas en cada pueblo y otros detalles estratégicos.⁵⁸ De acuerdo con Roosevelt, estos datos eran de grandísima importancia, teniendo en cuenta que en los archivos del Departamento de Guerra de los Estados Unidos no había ningún dato relacionado con Puerto Rico que pudiera servir en caso de que estallase el conflicto.⁵⁹ En aquella reunión, Roosevelt le dijo a Henna: "usted es la persona

⁵² Andrés Ramos Mattei, Betances en el círculo revolucionario antillano 1867-1875, (Instituto de Cultura Puertorriqueña: 1887), 4.

⁵³ Germán Delgado Pasapera, Puerto Rico, 493.

⁵⁴ Ibíd., 495-562.

⁵⁵ Ibíd., 574-576.

⁵⁶ El acorazado estadounidense Maine explotó el 15 de febrero de 1898, en la bahía de La Habana, causando la muerte a 266 marinos.

⁵⁷ Roberto H. Todd, La Invasión Americana, (San Juan: Cantero Fernández & Co. Inc., 1938), 7. El 26 de abril de 1896 el autor, quien fungió como secretario de Henna, envió detalles más específicos sobre la isla.

⁵⁸ Ibíd.

⁵⁹ Ibíd.

que nos hacía falta."⁶⁰

El 21 de marzo de 1898, Henna se reunió con el presidente William McKinley y con Russell A. Alger, secretario de Guerra, indicándoles que venía a ofrecer sus servicios a Estados Unidos, en caso de que se materializara una invasión de la isla por las tropas americanas. "Puerto Rico - dijo Henna - tiene los mismos motivos de quejas que Cuba, y debe seguir la misma suerte que ella".⁶¹ Con extraordinaria candidez,⁶² Henna continuó diciendo que "Estados Unidos podía salvar a Puerto Rico, haciéndole independiente; y (que) la mayoría del pueblo resolvería en el porvenir pedir o no su anexión a la Unión Americana".⁶³ Así también, destacó la posición estratégica de Puerto Rico⁶⁴ y propuso que utilizaran los servicios de los puertorriqueños en Nueva York, llevándolos en las expediciones que salieran de los puertos americanos. Aducía que, con su presencia, se evitaría un inútil derramamiento de sangre, pues en Puerto Rico, al verles llegar con las tropas americanas, se les uniría todo el país, ansioso de combatir al enemigo común: España.⁶⁵ Por último, Henna se reunió con A. L. Wagner, a quien se le había encomendado planificar la invasión norteamericana en Puerto Rico, y solicitó a varios comités congresionales que se le permitiera abogar para que Puerto Rico fuera incluido en cualquier solución final que se acordara para Cuba. Confiado en que la guerra no sería de conquista, Henna puso un contingente de cuarenta puertorriqueños a disposición de las fuerzas invasoras norteamericanas.

El 20 de abril de 1898 se declaró la Guerra Hispano-Americana. El general Nelson A. Miles invitó a Henna y a los hombres de su directorio a participar en la invasión, informándoles que partirían hacia Puerto Rico desde Newport News, Virginia. Sin embargo, Henna declinó la invitación que le hicieran en calidad de cirujano militar, pues aspiraba a ser nombrado comisionado, y así servir de mediador entre americanos y puertorriqueños.

La Guerra Hispano-Americana en Ponce

El 25 de julio de 1898, día de las fiestas del Apóstol Santiago, y luego de varios meses de batallas navales en lugares tan distantes como Santiago de Cuba y Manila (Filipinas), el vapor de guerra estadounidense Gloucester entró por la desguarnecida bahía del pequeño poblado de Guánica, situado al suroeste de Puerto Rico. La guerrilla siguió al desembarco, y luego de unas horas de lucha, la fuerza invasora tomó posesión del municipio de Yauco.⁶⁶ Al amanecer, con seis compañías del sexto batallón de Massachusetts, y una de Illinois, al mando del brigadier general Garretson, los estadounidenses atacaron a una numerosa fuerza de españoles cerca de Yauco. Luego de una animada y decisiva batalla, los españoles fueron derrotados y forzados a retroceder, dándole a los invasores la posesión de los caminos de hierro y de las carreteras que conducían a la ciudad de Ponce. Yauco, la villa de la famosa región cafetalera, sede de la última

⁶⁰ Ibíd.

⁶¹ Memoria de la Sección de Puerto Rico, 23.

⁶² Roberto H. Todd, La invasión americana, 7.

⁶³ Memoria de la Sección, 23.

⁶⁴ Ibíd., 23. "Como estación naval, el puerto de San Juan, al norte y Bahía Honda al sur de la isla, superan a todos los demás de las Antillas. Su clima es más sano que el de las demás islas de aquel archipiélago; como posición topográfica está al frente de los Canales de Panamá y Nicaragua, y en el camino de Europa para la América del Sur."

⁶⁵ Ibíd., 23.

⁶⁶ Angel Rivero, Crónica de la Guerra Hispanoamericana (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1922), 224.

conspiración separatista, sucumbió ante tan poderoso enemigo.

Al difundirse la noticia del suceso por el litoral sureño hasta la vecina ciudad de Ponce -que no estaba fortificada, ni minada, ni contaba con un miserable cañón- se pusieron en movimiento las tropas del batallón de Voluntarios y tres compañías de los Cazadores de la Patria, así como su guerrilla montada, que sumaban unos quinientos hombres. A estos se les unieron secciones de la Guardia Municipal y del Orden Público, además de los bomberos.⁶⁷ El bullicio se disipó, el mercado quedó desierto. Frente al horno de cal de Juan Rosa, en el cerro El Vigía, desde donde se divisaba la lejanía del horizonte caribeño, un grupo de personas se congregó para mirar la escuadra estadounidense. Mientras tanto, algunas familias del poblado citadino, temerosas de un bombardeo y presas de una inquietud terrible, buscaron refugio en la montaña ponceña o se marcharon, como tantos otros soldados españoles, hacia el interior de la isla.⁶⁸ Los españoles que permanecieron en Ponce construyeron varias trincheras, pues esperaban un ataque por tierra. Una fue construida en la carretera del barrio Canas, en la propiedad de los Armstrong, y otra en el camino de la hacienda de Juan Pratts.⁶⁹ Pero ambas resultaron inútiles. Al día siguiente, ya entrada la tarde, los grandes cruceros de guerra, el Dixie, el Annapolis y el Wasp, luego de fondear en la rada, muy cerca del puerto, enfilaron sus cañones hacia el partido de Ponce.⁷⁰ Los dos primeros apuntaron a la ciudad y el tercero al puerto. Muchas personas se dirigieron a la playa, atraídas por la novedad. Portando una bandera blanca, el teniente del ejército norteamericano G.A. Meriam, junto al cadete Lodge y otro marinero, tomaron un bote que los llevó a la orilla. De allí se dirigieron al edificio de la Capitanía del Puerto, donde exigieron la rendición inmediata a nombre del comandante Davis, amenazando con bombardear la ciudad. El comandante militar de la Capitanía de Ponce, Osvaldo Pérez Cossío, se negó a recibir al parlamentario estadounidense y a aceptar el pliego de rendición. Igual actitud asumió el coronel San Martín, porque, de acuerdo con las reglas de la disciplina militar, a él tampoco le era posible aceptarlo. Ante esa situación, el teniente Meriam dio media hora para que se recibiera el pliego.

La amenaza se hacía inminente: el tiempo transcurría y el gobernador español, Manuel Macías, en San Juan, enterado del asunto por vía telegráfica, no tomaba una decisión. Para evitar que ocurriera el bombardeo, y con el propósito de servir de mediadores en el conflicto, se reunieron en el edificio de la Capitanía del Puerto varios miembros del cuerpo consular, entre los que figuraron los señores Fernando M. Toro, vicecónsul de Inglaterra; el almacenista Heinrich Fritze, vicecónsul alemán; el hacendado azucarero y cafetalero, Pedro J. Rosaly, que también fungía como agente consular de los Países Bajos; el escocés Robert Graham, propietario de la fundición más grande de Ponce, y el comerciante Lucas P. Valdivieso, todos prestigiosos vecinos de la ciudad; algunos muy partidarios de los norteamericanos.

Primero, obtuvieron del comandante Davis una prórroga del término indicado para la rendición, hasta la medianoche. De no producirse lo demandado, el comandante, ya fuese pacíficamente o por la fuerza, desembarcaría sus tropas. Luego de varias horas de tensión y desasosiego, a eso de las diez de la noche,

⁶⁷ A.M.P. Libro de Actas del Ayuntamiento de Ponce, 25 de julio de 1898.

⁶⁸ Ya el almirante Sampson había bombardeado la capital de Puerto Rico el 12 de mayo.

⁶⁹ Félix Matos Bernier a Nelson Miles en Eduardo Neumann, Verdadera y auténtica, A.B.V.; Guillermo Vives a Salvador Vives, 13 de septiembre de 1898.

⁷⁰ Angel Rivero, Crónica, 530-539. La descripción a continuación de la invasión en Ponce, se basa en la mencionada fuente, así como en Luis Fortuño Janeiro, Álbum Histórico de Ponce y Eduardo Neumann, Verdadera y auténtica.

el comandante Davis, por vía telegráfica, llegó a un acuerdo de capitulación con el capitán general Macías. Las condiciones de la rendición eran las siguientes: se permitiría el retiro de toda la guarnición española; el gobierno municipal de Ponce continuaría en sus funciones; los bomberos y la policía municipal mantendrían el orden hasta el desembarco de las tropas de ocupación en la playa, y el capitán de puerto, único oficial español presente en aquel sector, no sería considerado prisionero. Este convenio fue firmado a bordo del Dixie, por el comandante Davis y Fernando M. Toro, en representación del coronel San Martín.

Satisfecho de sus gestiones, Toro regresó a la ciudad de Ponce, donde se encontró con un estado de alarma general. Todo era incertidumbre; hombres, mujeres y niños corrían despavoridos en todas las direcciones. Al mismo tiempo, las tropas españolas, que venían en retirada desde Yauco, entraban a la ciudad en desbandada, atronando el espacio con sus voces de mando, a coro con los rebuznos de las mulas, que, al resbalar con sus herraduras, caían sobre el pavimento de la calle, añadiendo una tétrica nota al panorama de incertidumbre y de miedo que se dejaba sentir en todas partes.⁷¹ Fue entonces cuando Toro se enteró, con asombro, de que el general Macías había dejado sin efecto su último telegrama, ordenando la destitución del coronel San Martín, y la entrega del mando al teniente coronel de la Guardia Civil, Julián Alonso, a quien dio órdenes de resistir a todo trance. Pero la resistencia fue imposible para Alonso, por lo que determinó salir de la ciudad con sus reducidas huestes, dirigiéndose por la Carretera Militar, hacia el pueblo de Aibonito. A su paso, algunos de aquel grupo intentaron incendiar la estación ferroviaria de Ponce, haciendo saltar varios vagones con explosivos.

El grupo de mediadores reunido en el edificio de la Capitanía del Puerto, y el alcalde de la ciudad, Ulpiano Colom, obtuvieron una nueva prórroga del comandante Davis, cuando ya el plazo convenido había expirado. El nuevo plazo de rendición vencería a las tres de la madrugada. Entonces, Fernando Toro, a nombre del cuerpo consular, dirigió un nuevo telegrama al capitán general, en donde manifestaba su indignación por haberse violado el acuerdo, luego de que todos habían comprometido su palabra. Macías respondió que se cumpliera con lo pactado y se desalojase la plaza.

En el otro lado de la ciudad, ya de madrugada, la situación parecía más esperanzadora. Luis Casals, capitán del cuerpo de bomberos, había sido llamado por el oficial de Voluntarios, Erasmo Vando, para que se hiciera cargo del cuartel de Infantería, en vista de la inminente evacuación de los españoles. Sobre el prestigio y reputación del cuerpo de bomberos recayó el mantenimiento del orden público durante aquella noche.⁷²

Esa noche nadie, ni aunque lo intentara, habría podido dormir. En la mañana del 28 de julio de 1898, las tropas invasoras de artillería, caballería e infantería —que reunían unos once mil hombres— comenzaron el desembarco de los tres barcos que fondeaban, a los cuales se les habían unido otros barcos y acorazados de gran porte. Se decía que había entre quince y diecisiete vapores de todas las formas y tamaños, desde los yates de los periodistas y excursionistas hasta un monitor "que asemejaba una ballena".⁷³ Momentos después del desembarco, se enarboló el pabellón estadounidense en el edificio de la Aduana, que sirvió de cuartel general a los invasores.

⁷¹ El Día, 25 de julio de 1938, 1.

⁷² Libro de récord del cuerpo de bomberos de Ponce, folio 3, julio 1898. El Día, 25 de julio de 1938, 1.

⁷³ A.B.V. Correspondencia Guillermo Vives a Salvador Vives, 13 de septiembre de 1898, Ponce. El monitor es un tipo de acorazado creado en los Estados Unidos.

Mientras tanto, el general Miles, acompañado por el comandante Davis y por las fuerzas expedicionarias, tomó la ciudad. A las diez de la mañana, ante una muchedumbre, y bajo un sol infernal que asfixiaba a los soldados estadounidenses -vestidos con uniformes de lana de colores azul y negro- se hizo entrega a los oficiales del ejército invasor del "Excelentísimo Ayuntamiento" de Ponce. Posteriormente, el comandante Flager, que estaba al mando del primer batallón de las tropas americanas, tomó posesión del cuartel de Infantería, que le fue entregado por Luis Casals, capitán de los bomberos. Casals había sido jefe militar de Ponce durante casi toda la noche anterior y hasta el mediodía del 28 de julio.

La conquista se hizo sin que se escuchara una sola detonación de cañón y sin derramamiento de sangre. El pueblo ovacionaba a las tropas invasoras. Muchos vecinos de la ciudad, entre ellos muchas damas, paseaban en coche o a pie, por el camino que conducía del poblado a la playa. Los Padres Paúles, encargados de la parroquia de Ponce, presenciaron los sucesos desde la azotea de uno de los almacenes de la Marina. Por su parte, Antonio Ferré, como tantos otros, se dirigió hacia la playa, a caballo, para presenciar las diligencias entre la fuerza invasora y los españoles.⁷⁴

Durante la ocupación, Ponce tenía el aspecto de una población en días de feria: música y desfiles; calles, plazas y edificios decorados con los colores brillantes de la bandera norteamericana.⁷⁵ En la residencia de Matienzo Cintrón, escenario de varias celebraciones autonomistas, se exhibió, desde el balcón, una enorme bandera estadounidense, cosida para la ocasión, por las hermanas del líder.⁷⁶ Por su parte, el pueblo salió por las calles dando vivas, llevando regalos a los soldados americanos, y "participando en grandes y nutridas manifestaciones de júbilo".⁷⁷ Los comerciantes obtuvieron pingües beneficios por la venta de recuerdos a los soldados norteamericanos, que pagaban en oro. Se vendieron abanicos, banderas españolas, botines de la Guardia Civil, espadas, espadines y toda clase de indumentaria militar. Por otro lado, sorprendió a los ponceños el desembarco de cientos de caballos y mulas con mayor alzada que las puertorriqueñas, paja prensada para ellas por cargamentos, tiendas de campaña, camas, madera, muelles de hierro y provisiones para los soldados por toneladas: desde galletas y latas de rosbif, hasta dos o tres mil carros de carga, tirados por mulas en vez de por bueyes, para el servicio de alimentación de la Cruz Roja Americana. Vinieron, además, en los buques norteamericanos, carpinteros, ingenieros, periodistas, herreros, maquinistas y talabarteros.⁷⁸

Luego del cambio de mando, las tropas del general Miles se dirigieron al antiguo cuartel de Infantería, donde establecieron un campamento. Una pequeña ciudad se levantó en aquel sitio, y, horas después, era franca y abierta la camaradería entre el pueblo y los soldados. La fuerza de ocupación instaló otros campamentos y tiendas de artillería en lugares tales como los terrenos de Schuck, el hipódromo, la hacienda Barrancas, el barrio Canas, la cantera de Armstrong,

⁷⁴ Luis A. Ferré, entrevista con Guillermo A. Baralt, 10 enero de 1995.

⁷⁵ Angel Rivero, *Crónica*, 229. Carmelo Rosario Natal, *Puerto Rico y la crisis de la Guerra Hispanoamericana*, (Hato Rey: Ramallo Brothers Co., 1975), 229. Trumbull White, *Our new possessions*, (Filadelfia: Elliot Publishing Company, 1898), 331,

⁷⁶ Luis Díaz Soler, *Rosendo Matienzo Cintrón*, 163.

⁷⁷ A.M.P. Actas del Ayuntamiento de Ponce, 1 de agosto de 1898.

⁷⁸ Algunos miembros del décimoprimer regimiento del ejército norteamericano, dirigido por el Dr. Bailey K. Ashford, tras su desembarco, tuvieron que ser trasladados al hospital militar de Ponce, pues habían contraído tifoidea mientras acampaban en Mobile, Alabama.

cerca de donde se habían construido las trincheras, y el acueducto.

Poco tiempo después de su llegada, Miles comenzó a alentar el creciente antagonismo hacia los españoles, a la vez que fomentaba el sentimiento pro americano en la isla. A tales efectos, liberó de las cárceles a los presos políticos, que dieron vivas al nuevo régimen, y emitió una proclama en la que estableció lo siguiente:

Como consecuencia de la guerra que trae empeñada contra España el pueblo de los Estados Unidos por la causa de la Libertad, de la Justicia y de la Humanidad, sus fuerzas militares han venido a ocupar la isla de Puerto Rico. Vienen ellas ostentando el estandarte de la Libertad, inspiradas en el noble propósito de buscar a los enemigos de nuestro país y del vuestro, y de destruir o capturar a todos los que resistan en las armas. Os traen ellas el apoyo armado de una nación de pueblo libre, cuyo gran poderío descansa en su justicia y humanidad para todos aquellos que viven bajo su protección y amparo. Por esta razón, el primer efecto de esta ocupación será el cambio inmediato de vuestras antiguas formas políticas, esperando, pues, que aceptéis con júbilo el Gobierno de los Estados Unidos.

El principal propósito de las fuerzas militares americanas será abolir la autoridad armada de España y dar al pueblo de esta hermosa Isla la mayor suma de libertades compatibles con esta ocupación militar.

No hemos venido a hacer la guerra contra el pueblo de un país que ha estado durante algunos siglos oprimido, sino, por el contrario, a traerlos protección, no solamente a vosotros sino también a vuestras propiedades, promoviendo vuestra prosperidad y derramando sobre vosotros las garantías y bendiciones de las instituciones liberales de nuestro Gobierno. No tenemos el propósito de intervenir en las leyes y costumbres existentes que fueren sanas y beneficiosas para vuestro pueblo, siempre que se ajusten a los principios de la administración militar, del orden y de la justicia.

Ésta no es una guerra de devastación, sino una guerra que proporcionará a todos, con sus fuerzas navales y militares, las ventajas y prosperidad de la esplendorosa civilización".⁷⁹

Este edicto, publicado en la tipografía del Listín Comercial de la ciudad de Ponce, circuló profusamente por todo Puerto Rico.

El 7 de agosto, luego de la captura de Guayama por las tropas invasoras, comenzó la conquista del norte, utilizándose como centro de operaciones los cuarteles generales del ejército norteamericano en Ponce.⁸⁰ Luego de varias escaramuzas, las fuerzas españolas buscaron refugio en San Juan. Sin embargo, desde fines de julio, luego de las funestas derrotas en las cuales las fuerzas navales españolas fueron aniquiladas por las norteamericanas, -tanto en Manila como en Santiago de Cuba- se hizo evidente el resultado de la Guerra Hispano-Americana. En Puerto Rico, luego de diecinueve días de guerra, advino la paz el 12 de agosto de 1898, mientras se libraba la batalla del Asomante en Aibonito. La firma de un Protocolo de Armisticio en Washington, puso fin al conflicto bélico entre España y Estados Unidos.⁸¹ Según su Artículo II -que luego fue ratificado por el Tratado de París del 10 de diciembre de 1898-, España cedió a los Estados Unidos su soberanía sobre Puerto Rico.⁸²

Las tropas peninsulares comenzaron a repatriarse lentamente, a medida que llegaban al puerto de San Juan los buques de guerra de su Marina, y los vapores de la Compañía Trasatlántica Española. Al salir por la bahía de San Juan, las

⁷⁹ A.B.V. Proclama a los habitantes de Puerto Rico, Ponce, Listín Comercial, 1898.

⁸⁰ La conquista se hizo vía Coamo, y de allí hacia las lomas del Asomante, en Aibonito.

⁸¹ Angel Rivero, Crónica, 380.

⁸² Además de Puerto Rico, España le cedió a Estados Unidos las Islas Filipinas y otros territorios.